

LA PRIMERA EDAD.

SUMARIO:

Las obras de misericordia. II. Dar de comer al hambriento.—Historia de un gato.—Modas.—San Isidro.—El pasante.—El niño envidioso.—Juegos de niños, la pelota.—Leonardo y Jacinto.—Amor filial.—Flores de Mayo, letrilla á la Virgen.—Advertencias.—Solucion del geroglífico.—Solucion del enigma.

LAS OBRAS DE MISERICORDIA.

II.

DAR DE COMER AL HAMBRIENTO.

Todas las tardes acostumbro, lectores queridísimos, hacer una visita á los señores de Lopez, al tiempo que, terminada la comida, se encuentran de sobremesa, saboreando el rico café y conversando sobre los mil asuntos que cada día dan pasto abundante á las conjeturas de los unos y á las murmuraciones de los otros.

Vosotros, pequeños y tiernos lectorcitos, no sois aficionados á estar á la mesa despues que el último bocado del rico dulce ó de la deliciosa fruta ha desaparecido de vuestra boca.

¿No es verdad?

Seguramente: nada será más mojoso para vuestro agitado espíritu que esa costumbre en que no

podeis hallar más que el fastidio. Y por esto, sabeis, atrevidillos, huir del comedor cuando habeis acabado de comer, y en él nada os resta, por lo tanto, que hacer.

Esta práctica en vosotros constante, no dejaba de ser siempre puesta en práctica por Luisito y Carolina, niños bellísimos, hijos de mis amigos los señores de Lopez.

Luis, especialmente, no podia nunca estar un momento en la mesa despues de haber terminado su comida, y no miento si os digo que siempre abandonaba el comedor con alguna pera á medio comer ó algun dulce por empezar.

—Pero ¿es posible, Luis, le decia con frecuencia su querida madre, es posible que no puedas sufrir un solo momento de sobremesa?

Vano intento; jamas el niño llegaba á oir las últimas palabras, que eran pronunciadas para el viento.

Hé aquí, pues, que hube de sentir notable extrañeza hace algunas

tardes, cuando, como de costumbre, entré á hacer mi diaria visita en casa de mis amigos. Y no era, en verdad, el caso ménos que para causarme admiracion no pequeña. Luisito y Carolina estaban á la mesa despues de terminada la comida.

Y no estaban solos; á más de sus padres tenian en su compañía, y justamente sentado entre ambos, á un pobre niño, cuyos vestidos estaban en un estado tan deplorable, que dificilmente podian cubrir la desnudez del que parecia infeliz mendigo.

¿Qué pasaba allí?

Hé aquí la pregunta que hube de hacerme, como queriendo adivinar la causa de aquello que veia.

Y no lo hubiera seguramente conseguido; no hubiera resuelto por mí el enigma, sin el auxilio del pequeño Luisito y de sus padres que vinieron en mi auxilio.

—Esta tarde, me dijo el niño, tengo convidado á éste; tenía hambre y ya ha comido.

—¿Cómo, hube de responderle, le has convidado tú?

—Es una historia, dijo la madre, que Luis contará á V.; en ella verá explicado lo que al pronto parece llamar su atencion.

—¡Una historia! repetí, y Luis

será en ella el protagonista, ¿no es verdad?

—No, no, interrumpió el niño, yo no he hecho nada que merezca elogiarse; sólo he cumplido con una de las obras de misericordia.

—Veamos, continué, cuéntame, querido amiguito, la historia fiel de este suceso.

—No es nada; créalo V., es que mamá quiere dar importancia á lo que no tiene la más mínima.

—¿Es así?

—No, nada de eso, replicó el padre; yo contaré lo que ha ocurrido, y por ello podrá juzgarse del mérito contraído por Luis.

Esta tarde, Carolina y Luis habian salido á paseo, segun costumbre, acompañados de su cariñosa madre, que les llevaba algunas golosinas que pudieran comer cuando se hallasen en el campo, adonde desde luégo pensaron dirigirse.

Cuando en él se encontraron, los niños pudieron libremente jugar, y así lo hicieron, aprovechando aquel rato de expansion y libertad.

Estaban jugando, no sé á qué juego, cuando se aproximó á ellos el pobre niño que aquí veis, y que, hambriento como se encontraba, llegó sin duda atraído por los dulces que mis queridos hijos comian á intervalos.

¿Qué pasó allí?

No puedo decirlo con seguridad, pero Luis no comió sus golosinas, que pasaron á manos del infeliz hambriento. Este, no hay para qué decirlo, las devoró con ansia, y tal fué la avidez con que comía, que Luis, conmovido, hubo de suplicar á su madre trajese al desgraciado á casa.

Esta peticion era justa hasta cierto punto, y la madre de Luis no podia negarse á la súplica humanitaria que se la hacia: por esto, con Carolina y Luisito vino esta tarde el convidado de este último.

Y no lo era entónces, como despues lo fué, pues cuando hubieron llegado todos á casa, y ántes de que hubiese tiempo para nada, Luis corrió á mí para suplicarme el permiso de sentar con él á la mesa al pequeño é infeliz protegido.

No era difícil de conceder el permiso, si era sincero el deseo que mi Luis manifestaba; mas existia en mí la duda de lo que en esto podria haber.

Podia solamente ser un vano é inconsiderado propósito: en este caso no parecia oportuno acceder á la peticion hecha.

—¿Y si era lo contrario?— in-

terrumpí á mi buen amigo, el señor de Lopez.

—No era así; no un vano deseo, sí un firme propósito existia en el corazon de Luisito; y esto pude comprenderlo cuando dije á éste que no era posible lo que pedia.

¿Qué creéis que me respondió?

Vais á oirlo: Si no es posible, dijo, que coma conmigo, será posible que yo coma con él en otra mesa, y sirviéndole yo podrá mi pobre protegido saciar su hambre.

Despues de esto, continuó mi amigo, no ha sido posible negar al niño lo que su buen corazon deseaba: ha logrado y visto realizado por completo su deseo, y por esto le veis aquí hoy de sobremesa. Está, anfitrión consumado, haciendo los honores del festin.

Así terminó la relacion del suceso el padre de Luis, pudiendo yo entónces dirigir la palabra á éste para felicitarle por su caritativa obra.

—Bien, bien, le dije, mereces sin duda un premio por tu caridad.

—Le tengo, me dijo, no puede nadie darme mejor premio que el que obtengo al ver cómo este pobre infeliz ha visto satisfecha su imperiosa, su apremiante necesidad de comer.

Si no hubiese comido, si el hambre que sufría no hubiera sido satisfecha, ¿qué hubiera sido de él?

Ahora no hay cuidado, pues desde ahora yo cuidaré de que coma todos los días.

—Pero, interrumpió el buen padre, ¿quieres acaso que este niño coma aquí diariamente?

—Sí, padre mío, y vos no queréis negarme esto que os pido, pues es obra de misericordia dar de comer al hambriento.

Nada más pude oír aquella tarde de la conversacion de mi amigo Lopez con su hijo Luis, pues tuve necesidad de despedirme de ellos para acudir á donde mis ocupaciones me llamaban.

Y aunque entónces nada pude saber ademas de lo que os he referido, puedo haceros el relato del fin de esa historieta en que papel tan bello vino á hacer el buen niño, mi amiguito. Este ha visto realizadas sus aspiraciones: el pobre mendigo ha quedado en la casa, pues resultó ser huérfano y no tener auxilio alguno en el mundo. Considerado como hijo, es ahora compañero de Luis, así en las clases y paseos, como en todos los actos de la vida, y los dos niños se aman con ternura tanta, que parecen que un lazo fraternal los une.

Mi amigo Lopez está contentísimo, pues goza en la felicidad de Luis y admira el buen corazón de su tierno hijo.

Mañana el protegido de Luisito será dichoso y tendrá un porvenir seguro con la proteccion que ha merecido, y que debe á la práctica de una de las más hermosas obras: *dar de comer al hambriento.*

E. THUILLIER.

HISTORIA DE UN GATO.

Causa asombro el considerar los rápidos adelantos y los grandes descubrimientos que el hombre puede realizar á fuerza de estudio y paciencia, que son las dos armas poderosas con las cuales no puede haber empresa científica que se le resista ni conquista que deje de llevar á cabo.

Y digo esto, porque un amigo mío ha consagrado tal perseverancia y tal tesón á ciertas investigaciones filológicas, que resuelto á encontrar la clave del lenguaje de ciertos animales, con tanta atención ha estudiado las más mínimas inflexiones de su voz, tan repetidas experiencias ha hecho, que hoy se puede alabar de comprender tan perfectamente el lenguaje que entre sí emplean algunos cuadrúpedos, que para él, lo que entre sí hablan es como si lo habláran en

castellano claro y correcto. Ha dedicado su especial cuidado á estudiar el idioma de los gatos, que, segun dice, es uno de los más dignos de estudio y á más de eso uno de los más ricos y abundantes que se hablan en tejados y desvanes.

Esto no debe admirarnos demasiado: público y notorio es que Esopo entendia perfectamente el idioma de muchas especies de animales, y pruebas de ello son las muchísimas fábulas que dejó escritas y en las cuales se ve cómo dialogan entre sí animales de diferentes especies: tambien á La Fontaine se le alcanzó algo de esto, y aún en nuestra patria ha habido poetas que nada tenían que envidiar á Esopo y La Fontaine en cuanto al idioma de los animales.

Pero volviendo á mi asunto, digo otra vez que mi amigo ha hecho un estudio especial del idioma de los gatos, y para él un concierto animado de maullidos, más ó menos graves ó agudos, celebrado en un congreso gatuno al aire libre, sobre los lomos de un tejado, es una cosa tan clara y tan perfectamente inteligible como pueda serlo una conversacion de hombres políticos seguida al rededor de una mesa de café.

Este amigo mio ocupa una alta posicion en nuestra sociedad, como que vive en un sotabanco, piso cuarto, de una gran casa: las ventanas de su habitacion dan á un tejado espacioso y desde allí tiene la rara satisfaccion de contemplar á su sabor las verdes copas de las

alamedas del Retiro, y aún las de los Campos Eliseos, ventaja que ciertamente no disfrutan los suntuosos capitalistas que viven en piso principal ó segundo.

Hace pocos dias, miento, hace pocas noches, estaba mi amigo en su gabinete trabajando, y para que el fresco ambiente de la noche ventilára su habitacion, que por cierto no es muy grande, habia abierto de par en par la ventana, que como dije, da sobre el tejado; y no habia transcurrido mucho tiempo, cuando llegó á sus oidos ruiner de voces gatunas como si cerca de allí se hubiera entablado una animada conversacion. Y en efecto, aproximóse más á la ventana, y en medio del sosiego de la noche escuchó la siguiente conversacion que dos gatos sostenian, muy ajenos sin duda de que álguien los escuchaba y de que la contaria al día siguiente, como efectivamente sucedió, pues mi amigo me lo contó todo palabra por palabra, y yo se lo voy á contar á mis lectores, porque me parece que esta historia es digna de que la prensa le dé publicidad.

—Pues sí, apreciable Marrumiz, decia uno de los gatos, puesto que lo apacible de la noche nos convida á tener un rato de recreo, y ya que la casualidad nos ha reunido hoy libres á ambos de ciertos cuidados enojosos, si tienes gusto en oirme voy á contarte mi historia correspondiendo á la confianza que te he merecido, que no puedo yo olvidar que hace cuatro noches

me hiciste idénticas confiancias.

—Habla, amigo Garralista, que ya te escucho con singular complacencia, contestó el otro gato.

—Principio, pues. Aunque me ves en estos tejados elevadísimos no vayas á creer que yo soy gato de Madrid; más humilde fué mi cuna, pues nací en un pueblecito de Castilla la Vieja. Fué mi madre una gata blanca con manchas rubias en la cabeza y á lo largo de todo el lomo; tenía tambien graciosas pulseras del mismo color y una cola larga y airosa que la mano cruel del hombre no habia mutilado. Era gata de una tienda de comestibles, y con esto excuso decirte si pasaría una vida regalada, pues malo habia de ser el día en que algun chorizo, algun trozo de bacalao ó algun pedazo de queso no cayera en sus uñas.

Nací á primeros de Marzo con los ojos cerrados á la luz y nacieron la misma noche tres hermanitos míos, aunque con mala estrella por cierto, como luégo verás. En un serillo que habia sido de higos y en cuyo fondo, á más de algun esparto, habia mi madre prevenido para el caso algunas calcetas viejas de su ama, nos tenía preparada la cama aquella cuidadosa madre. No bien habíamos nacido, con su lengua áspera y jugosa nos frotó á todos cuatro por espacio de dos horas, haciendo de esta manera que entráran en calor nuestros ateridos miembros, y con tal insistencia nos lamió, que á uno de mis hermanitos le hizo brotar sangre, y excitado

su instinto cruento ó figurándose que sería algun raton, es lo cierto que le hincó el diente y por último lo devoró. Del diablo, he oído decir, que tanto quiso á sus hijos que les sacó los ojos: del excesivo amor que mi madre demostró hácia los suyos, podia decirse una cosa por el estilo.

Llegó la mañana, y como nosotros nos denunciáramos con nuestros agudos gritos, se enteró la gente de la casa del fausto acontecimiento, y acudieron á porfía rodeando nuestra cama, es decir, nuestro serillo, la tendera y tres niños que tenía. Sin consideracion á nuestra tierna edad, nos sacaron del serillo, nos miraron, nos manosearon y nos dieron cien vueltas.

—No quiero más gatos, decia la tendera á la mayor de sus niñas, es necesario arrojarlos todos adonde la madre no los pueda encontrar.

Echáronse á llorar los niños todos solicitando por favor que no se arrojára á los gatitos y que los criára su madre. Objetaba la tendera que la gata grande se desmejoraria mucho si criaba á tres hijos, y que ademas no queria tantos golosos en la casa. ¡Mujer cruel! Si á ella que tenía tres hijos la hubieran dicho que era preciso arrojar por lo ménos dos para librarla de los cuidados que su educacion y asistencia le proporcionaba, ¿qué hubiera contestado?

—Que era una injusticia atroz, que ella deseaba conservar cuantos hijos le enviára el cielo, aunque fueran veinte, que todo su placer

consistía en trabajar por educarlos y alimentarlos.

—Pues ve ahí; aquella buena

á muerte á los otros dos. Pusiéronse los niños á examinarnos minuciosamente; uno de mis hermanos



madre sólo consintió á fuerza de ruegos en que se conservára y criára uno de los gatitos, condenando

fué desechado porque era negro de pelo, el otro porque era pardo, y yo debí la fortuna de que se me

conservára la vida á la dichosa circunstancia de tener el pelo rojo; hé ahí por qué le tengo en tanto aprecio.

En resúmen, mis hermanos fueron arrojados y yo quedé solo con mi madre, que por espacio de algunos dias atronó la casa con lastimeros maullidos llamando á los hijos que le faltaban: despues se consolaba conmigo, y con su áspera lengua me cubria de caricias. Todos los dias iban los niños de la tendera algunas cincuenta veces á verme y manosearme esperando el momento en que abriera los ojos para ver de qué color eran. Mi madre se cansó de tantas importunidades y resolvió trasladarme la cama á otra parte. Y en efecto, me asió con las puntas de sus dientes y me llevó á un desvan en uno de cuyos rincones se guardaba la ropa sucia, y allí me acomodó.

Dieron los importunos muchachos cien vueltas á toda la casa hasta que descubrieron mi escondite, y de allí me arrancaron para llevarme otra vez al serillo. Entablóse una porfía singular entre mi madre y los niños; la una me llevaba al desvan, los otros me volvian al serillo, y dia hubo en que hice diez viajes de un lado á otro, hasta que mi madre se cansó de ver lo inútil de su empeño y me dejó en el domicilio que los muchachos me habian señalado.

El primer dia que abrí los ojos fué de júbilo y algazara en toda la casa. Pasábanme los muchachos de mano en mano y se pegaban sen-

dos mojicones por manosearme: todos sus conocidos que venian á la tienda por aceite ó garbanzos me tuvieron aquel dia en sus manos y todos convinieron en que eran muy hermosos mis ojos. Pasó poco á poco aquel motivo de curiosidad, pero no por eso dejé de ser objeto de reiteradas importunidades. Estaban todos los muchachos empeñados en creer que yo no crecia todo lo que debia crecer, y esto lo atribuian á que mi madre no me daba de mamar lo suficiente: para atender á este descuido imaginario idearon varios recursos: uno de ellos era el sujetar á mi madre á la fuerza entre dos de los niños, para que yo mamára entre tanto. Aunque era mansa y bondadosa, mi madre se incomodaba, forcejeaba y se escapaba por fin no sin dejar alguna señal de sus uñas en las manos de los muchachos.

Otro de los medios con que quisieron suplir aquella supuesta incuria fué hacerme beber leche de cabra ó de oveja, que me ponian en un plato: como yo no entendia de esto, no lamia la leche como ellos hubieran deseado; me agarraban entónces la cabeza y me sumergian el hocico en el líquido bienhechor: yo me asustaba, sacudia la cabeza y los rociaba de leche, ó metia torpemente una mano en el plato y éste se volcaba. Estas escenas solian terminar con un regaño de la tendera á sus hijos ó con algunos mojicones que les aplicaba.

Yo en tanto seguia creciendo y

principié á dar algunos pasos, aunque torpemente; esto, no obstante, fueron muy aplaudidos, y los muchachos celebraron entre sí consejo de familia en el cual se acordó que ya era tiempo de darme de comer.

En los días que siguieron á esta resolución, mis jóvenes protectores se privaron de una parte de la ración de carne que al comer el cocido les correspondía, y que generosamente venían á ofrecerme. El instinto carnívoro de nuestra especie, como comprenderás, ya existía en mí, y al olor de la carne se despertó: pero mis dientes, menudos y débiles todavía, no podían masticar la carne que se enredaba entre ellos: gruñía yo tendiendo la garra á uno y otro lado para defender la presa que nadie pensaba en arrebatarme, y despues de una hora de inútiles esfuerzos, y cuando ya mis mandíbulas estaban cansadas de tanto movimiento, tenía que renunciar á comer la carne y me dormía fatigado hasta que mi madre venía á despertarme pasándome la lengua por el lomo.

¡Oh dichosa edad de la infancia, cuando todo nos sonríe y todo el mundo nos mima y nos rodea de atenciones! ¡Quién me diera volver á ella y lo pasado pasado! ¡Cuántos pedacitos de bizcocho, cuántas migajas de queso fresco, cuántas sopitas de chocolate, cuántos platitos de leche con azúcar, hasta yema en dulce menospreciaba yo entónces despues que tenía el estómago bien repleto! Hacían

los niños pelotillas con papel ó lana y me las daban para jugar; todos á porfía querían que me acostára en su cama ó sobre su ropa: mis gracias á todo el mundo divertían y si mi travesura llegaba al extremo de arrebatarle á alguno el bocado al tiempo de llevarlo á la boca se aplaudía mi picaresca hazaña.

Entónces fué cuando yo me hice goloso, ratero y gloton, vicios que todavía no he podido desechar ni he formado empeño en ello. Y advierto aquí de paso, amigo mío, que lo que sucede con los animales pequeños suele suceder con los niños, pues procurando satisfacer todos sus caprichos y llenar todos sus antojos rodeándolos de un mimo excesivo, se arrojan en sus corazonas los primeros gérmenes del vicio y se halagan las malas inclinaciones que en ellos estaban dormidas.

—Tienes razon, Garralista, falta hacia que muchos padres te oyeran filosofar y reflexionáran sobre las deplorables consecuencias del excesivo mimo con que tratan á sus hijos, perjudicándoles en lugar de favorecerles.

—Dejando á un lado filosofías, continúo mi relato. De aquella mi primera edad feliz, sólo recuerdo un suceso doloroso para mí: hablo de aquel rato cruel que me hicieron pasar el día en que ejecutaron en mí la cruel mutilacion que se acostumbra á hacer con muchos de nuestra especie: el cortarnos la mitad de la cola bajo el futil pretexto

de que eso favorece al crecimiento y al mayor desarrollo de nuestro cuerpo. Bien descuidado me halla-

larga cola en un tajo, y ¡zas! de un solo golpe me la cortó por la mitad. El dolor que sufrí lo dejó á



Núm. 1.

1

ba yo de lo que se meditaba, cuando un hombre brutal, que, si mal no recuerdo, era carnicero, me agarró sin miramientos, puso mi

tu consideracion, y si á mi verdugo le hubieran cortado siquiera un dedo de la mano por el mismo procedimiento, hubiese aprendido á

tener sentimientos más humanitarios. Desde aquel día aborrezco de muerte á los carniceros, y no desperdicio ninguna ocasion propicia para manifestárselo, robándoles, si puedo, la tajada más magra de carne que tienen en su tablero.

Como llevo dicho, me habian enseñado á ser goloso regalándome á menudo con los manjares más apetitosos. De tal modo me acostumburé á ellos, que cuando fui mayorcito y mis travesuras dejaron de caer en gracia, advirtiéndome que no me obsequiaban como ántes, y siendo para mí una necesidad ciertos manjares supérfluos, resolví procurármelos por mi industria, ya que nadie me los ofrecia por via de obsequio. Espiaba siempre cautelosamente un momento de descuido en que se dejáran abierta una alacena, ó medio cerrada por lo ménos, saltaba entónces con singular destreza, y penetrando en el santuario gastronómico, hacia presa en lo mejor que encontraba. No habia pichon muerto cuya tierna pechuga escapára de mis dientes, ni queso que yo no principiára, ni bizcocho que no devorára, ni chorizo que no alcanzáran mis uñas, por muy alto que lo colgasen, ni taza de caldo ó de leche que no vertiera, ni plato de china que no quebrára si contenia alguna golosina. Con la mayor intrepidez penetraba en la cocina cuando la veia sola, derribaba las coberteras de los pucheros puestos al fuego, los volcaba despues, y cuando el contenido caia entre la

ceniza, enganchaban mis uñas la mejor tajada de carne, y veloz como una ardilla, corria á un desván ó á un tejado para devorar tranquilamente el fruto de mi latrocinio.

Esta conducta me acarrecaba grandes disgustos y sendos vapuleos. Ya eran unas tenazas de hierro que venian tras de mí, pero que nunca lograban alcanzarme, ya una escoba, ya un pedazo de leño, y á veces hasta un zapato. Pero yo en dos saltos me plantaba en un tejado, y desde allí, con desvergonzada serenidad, miraba de hito en hito á la irritada cocinera, y no me reia en sus barbas, porque los gatos no reimos; pero si me relamió el hocico, y despues me ponía con gran tranquilidad á lavarme la cara con la mano.

Mi madre me aconsejaba que dedicára toda mi sutil destreza á perseguir á los ratones; pero como este género de caza requiere gran paciencia y perseverancia, yo preferia dedicarme al hurto, que me ofrecia resultados más positivos y mayor variedad en los manjares. Recuerdo perfectamente que para adorno de la tienda pusieron en ella una preciosa pecera de cristal llena de agua, en la cual nadaban dos hermosos peces de colores, dorados y rojos. Pasaba yo largos ratos sin apartar la vista de ellos, mirando cómo se movian y agitaban las aletas, azotando el agua con la cola. No habia yo comido nunca pescado tan fresco, y me entró un deseo inmoderado de sa-

ber qué gusto tenían aquellos peces tan bonitos. Mas como estaban encerrados en la pecera, y ésta

un día cayó desde una mesa al suelo una botella llena de vino, y que al golpe se hizo mil pedazos y el



Núm. 2.

1

2

5

cuidadosamente tapada, no hallaba medio de engancharlos.

En fuerza de discurrir, ideé un plan diabólico ; había yo visto que

líquido se derramó. Esto me sugirió una idea feliz : aproveché un rato en que la tienda quedó sola, de un salto me puse en el tablero

que sostenia la pecera, empujé á ésta con todas mis fuerzas, y como es natural, vino al suelo con terrible estrépito; hízose menudos pedazos, derramóse toda el agua, y los dos peces principiaron á saltar en el suelo; corrí apresurado, agarré el mayor de ellos entre los dientes, y escapé como una exhalacion, á tiempo que la tendera, toda asustada, acudía á presenciar el desaguizado que mi rapacidad acababa de cometer.

Mesóse los cabellos, me lanzó quinientas maldiciones, y juró que tan pronto como yo bajára del tejado me echaría un cordel al cuello y me colgaría de una viga. Yo la dejé chillar, me comí sosegadamente el pez, y segun mi costumbre, me lavé luégo las manos y la cara. Desde mi elevado puesto pude observar, no sin inquietud, que la tendera cortó un buen trozo de cordelillo, y le hizo á la punta una lazada escurridiza. Por prudencia, pues, me mantuve encastillado en los tejados, de donde no bajé hasta que hubo entrado la noche. La hija de la tendera fué la primera persona con quien tropecé; era una buena muchacha, que me profesaba un entrañable cariño; me cogió con gran cautela, me cubrió con su delantal, y llevándome en brazos, salió de la casa.

Fué á dar con mi cuerpo á casa de una amiga suya que vivía en distinta calle, y penetrando conmigo en la cocina, dijo:

«—Aquí traigo al pobre Garra-

lista, á quien mi madre está muy empeñada en ahorcar en el momento en que lo pille, porque jugando sin duda ha derribado la pecera, que se ha hecho pedazos, y se ha comido uno de los peces. Quédense ustedes con él, porque mi madre es muy capaz de cumplir su palabra. El pobre no tiene más defecto que ser algo travieso y un tanto goloso; pero, por lo demás, es un infeliz, muy manso y de buenas inclinaciones.

»—Nos viene perfectamente, contestó su amiga, porque tenemos la casa apestada de ratones, y él nos la limpiará.»

Con tan eficaz recomendacion y en tan oportunas circunstancias, fuí admitido en aquella honrada casa, donde se me prodigaron todo género de caricias. Eran mis nuevos dueños labradores, y en un extremo de la casa, al otro lado del corral, tenían un palomar. Considera tú si podía quejarme de mi buena estrella. Por aquella noche, despues de darme de cenar bien, me encerraron en la panera, donde guardaban el trigo, y en la que anidaban muchos ratones. Como yo habia cenado perfectamente, no quise tomarme la molestia de inquietar á mis convecinos; en el mayor monton de trigo hice mi cama, y allí pasé durmiendo toda la noche sin que me desveláran las continuas carreras de una tropa de ratones que por la extensa panera se refocilaban alegremente.

Por la mañana me dieron libertad mis nuevos dueños para que

paseára por toda la casa; estuve todo aquel dia bastante comedido y prudente; el único excesillo que cometí fué enganchar un pichon

do de qué manera penetraría en su recinto. Trepando por una tapia ví que no me sería difícil subir al tejado del palomar, en el cual ha-



Núm. 3.

1

2

3

ya pelado, de dos que había en una alacena mal cerrada. Por la tarde me fuí al corral y di varias vueltas al rededor del palomar, idean-

bia una pequeña buhardilla, por la cual entraban y salían las palomas, y que también podía servir de ingreso á un honrado gato. Dife-



92, rue Richelieu Paris

Ad. Goubaud & fils Edrs

LA NINEZ ILUSTRADA

Administracion, Carretas, 12. Madrid



el ex
no
egó
ide,
do c
uhan
La
i se
as,
mba
es y
ás;
ue e
o no
ue a
as n
ndic
que
a no
o d
erfe
Pa
ais
nar,
iera
ados
on i
rien
na l
uvie
ne p
to p
oma
ía,
ra i
aes,
y lo
e, q
ir co
o m
an a
luro

el emprender mi excursion hasta la noche; y en efecto, cuando ésta llegó escurri el bulto lo mejor que pude, trepé por la tapia, subí al techo del palomar, y por la estrecha hardilla me colé en su recinto.

La confusion y el desórden que allí sembré en medio de las tinieblas, tú podrás comprenderlo; sin embargo, sólo me comí dos pichones y dejé muertos tres ó cuatro más; el salir fué algo más difícil que el entrar; pero á un gato astuto no hay empresa que se resista. Fue aquella excursion la repetí en las noches sucesivas, no necesito indicártelo para que lo adivines; que los ratones de mi nueva casa no tuvieron por mi parte motivo de afligirse, lo comprenderás perfectamente.

Pasados algunos dias, notaron mis amos los destrozos del palomar, aunque ignoraban quién pudiera ser el autor de tales desaguiados. Espiaron y observaron, y con indignacion y sorpresa descubrieron que era yo; me plantaron una buena zurra, y desde entónces tuvieron buen cuidado de encerrarme por las noches, de manera que no pude repetir mis visitas al palomar. No me resigné yo á tal tiranía, y viendo que por la noche me era imposible visitar á los pichones, me arriesgué á hacerlo de dia, y lo hice, pero con tan mala suerte, que me vieron desde la casa salir con un pichon en la boca, y eso me valió un nuevo vapuleo y un apercibimiento á pasar á más duros castigos.

Para distraer la pública desconfianza me resigné á pasar algun tiempo sin rondar el palomar. Me consolaba, pues, con estar algunos ratos en el corral mirando desde léjos á las palomas que entraban y salian en su palacio.

Pero á un gato mal inclinado nunca le faltan ocasiones de dar á conocer sus mañas. El hijo mayor de la casa era muy aficionado á la caza de perdiz, y tenía en una jaula uno de estos pájaros, muy adiestrado en tales ejercicios, y en el cual tenía puestos los ojos y los cinco sentidos. Aunque le hubieran ofrecido dos onzas de oro por su perdiz las hubiera despreciado; tan necios son esos cazadores. El cuidado que tenía con su pájaro era excesivo: le picaba hojas verdes, le ponía á la sombra, le reservaba del sereno, y algunas tardes ponía la jaula en el corral sobre un montoncito de arena menuda para que el animalito se resregara en ella, cosa que á las perdices les gusta mucho.

Yo habia observado esto, y francamente, la redonda pechuga de la perdiz me llamaba la atencion. Vi que una tarde, como solia acontecer, llevó el cazador su jaula al corral, la colocó en el montoncito de arena á la sombra de una tapia, y se marchó, dejando allí á la perdiz refocilándose á sus anchas entre la tierra. Cuando observé que estábamos solos y frente á frente la perdiz y yo, sin más testigos que el cielo y un manso pollino, en cuya prudencia y reserva yo confiaba,

me lancé sobre la jaula, la eché á rodar, meti la garra por debajo y herí mortalmente á la perdiz; luego, á fuerza de maña, abrí la por-

tas y una porcion de plumas, que el aire removia en torno mio, cuando llegó el cazador á recrearse en su perdiz: el espectáculo que á



Num. 4.

1

2

tezuela de la jaula y me apoderé de la presa, devorándola en el acto. Ya estaba concluyendo, apenas quedaban los extremos de las pa-

su vista se ofreció le puso furioso; agarró una piedra y me la arrojó, pero yo era más diestro que él, pude esquivar el golpe y apelé

luégo á la fuga, lanzándome á la carrera por medio del corral. El cazador, furioso, entró en la casa, asíó precipitadamente su escopeta,

turbaba su pulso y la puntería no fué muy certera; sin embargo, me alcanzaron dos perdigones que todavía conservo entre cuero y



Núm. 5.

1

2

3

volvió al corral y viéndome correr por el lomo de una tapia, apuntó el arma mortífera y disparó. Por fortuna mia la cólera del tirador

carne, aquí en el anca derecha.

Por la muestra conocí que el cazador era muy capaz de hacer una barbaridad sin más motivo que la

muerte de una perdiz. Y sin embargo, ¡cuántas llevaría él muertas á traicion! La prudencia me aconsejó no volver á aquella casa y no volví: corrí varios corrales y tejados, y por la noche me quedé escondido en el corral de la casa de una pobre viuda. Esta buena mujer criaba allí conejos, que entre los cantos tenían su madriguera: la luna alumbraba la noche, y los conejos grandes y los pequeños salieron á disfrutar de la templada atmósfera y á rumiar la hierba recién cortada que para su alimento la viuda les había llevado. Estuve largo rato agazapado entre unas piedras, y cuando más descuidados se hallaban los conejos me arrojé sobre uno de los pequeños que acertó á pasar cerca de mí, y en un abrir y cerrar de ojos lo degollé, marchándome luego con la presa entre los dientes mientras que la aterrada tropa se precipitaba en sus madrigueras.

No necesité más que dos días para dar cuenta de todos los conejillos de la última cria, pero la pícara vieja, que lo observó, puso diestramente un lazo de alambre en el lomo de la tapia por la cual yo ejecutaba mi retirada, y cuando ya me alejaba sosegadamente con el último gazapo en la boca, ¡oh desdicha! metí la cabeza en el lazo y quedé sujeto por medio del cuerpo. Una hora larga pasé forcejeando por escapar; lo único que conseguí fué arrastrar el lazo y la piedra á que estaba atado, y caer con piedra y lazo, hecho una pelota, en

el corral de la casa vecina. Allí pasé el resto de la noche, sin poder deshacerme de la opresora lazada, allí me encontró un muchacho de la casa por la mañana. Llamó á su madre, que era la mujer de un confitero, y compadecida de mi desgracia, me desembarazó del pícaro lazo, y llenándome de caricias, me condujo á su casa.

Los honrados moradores de ella creyeron haber hecho una feliz adquisición y me colmaron de atenciones para que permaneciera en su compañía. Yo acepté contento mi nuevo destino, persuadido de que allí pasaría una vida regalada, y sin olvidar que los conejos de la vecina volverían á criar y á ofrecerme ocasión de vengarme de la pesada chanza del lazo de alambre. En los primeros días me porté como un gato honrado, y hasta creo que por distracción maté un ratoncillo que se atravesó una noche en mi camino. En aquella casa no tenía más que una contrariedad, y era un perrito de lanas, que estaba muy atendido y mimado. El impertinente me miraba con grande ojeriza, y yo por mi parte le odiaba con la mayor cordialidad. Más de cuatro veces vinimos á las manos y tuvo aquel necio ocasión de probar el filo de mis uñas: á las horas de comer siempre armábamos una pelotera; yo le tiraba buenas zarpadas en silencio y él escandalizaba la casa, primero con sus ladridos y luego con sus aullidos de dolor al sentir mis arañazos: en resumen, vivíamos como perros y gatos.

No pasaron muchos dias sin que mis dueños tuvieran ocasion de poder apreciar el mérito de la joya que habian adquirido: me comí una porcion de bizcochos y destrocé mayor cantidad de la que comí; las yemas en dulce y las peladillas sufrieron un terrible ataque, y un precioso ramillete de dulce que figuraba un templete y habia sido construido expresamente para figurar en un baile que daba la alcaldesa en su cumpleaños, lo redujeron á miserables ruinas mis devastadoras uñas.

Por medida de buen gobierno fui expulsado de la casa despues de molido á palos, y me encontré de patitas en la calle, sin saber á dónde dirigirme. Era de noche y acertó á pasar por donde yo estaba una criada de servicio que volvía de una tienda y que me recogió, llevándome muy contenta á casa de su señora. Ésta era muy amiga de gatos, y se alegró infinito; tanto más, cuanto que tenía que marcharse á Madrid, en donde su esposo acababa de ser empleado, y trasladaba allí toda su familia: la buena señora deseaba encontrar un gato para llevarle consigo, en la creencia de que las casas de Madrid están llenas de ratones.

Los dos dias que aún permaneció en el pueblo me mimó mucho para que no me marchára, y al tercero emprendió la familia el viaje y yo fui acomodado en una cesta vieja. Algo molesta me pareció la prision, pero no tuve más remedio que conformarme.

Metido en mi cesta hice el viaje en ferro-carril y llegué á esta capital, que en otros tiempos fué coronada. La nueva casa que nos tenían preparada no fué de mi especial agrado. Habitado como me hallaba á la holgura y libertad del pueblo, á los grandes corrales, á las espaciosas paneras y á corretear por calles y tejados, la estrechez de las habitaciones de Madrid me pareció insufrible, y sobre todo, echaba de ménos la sociedad de las gallinas, las emociones de la caza en los palomares y conejeras y aquellas provistas alhacenas en que habia hecho mis primeros estudios en el arte de la rapiña. Mi nueva casa en la córte tenía una despensa sumamente reducida, cerrada casi siempre con llave, y á más de esto, muy desmantelada. En ella sólo podia encontrarse algun pedazo de tocino, de vez en cuando un plato de escabeche, algun mendrugo de queso, una libra de carne... en fin, miseria nada más.

Y con todo, me habría tenido por dichoso si hubiese podido pasar sus umbrales cuando hubiera sido mi gusto; pero nada de eso, aquel castillo siempre estaba cerrado, y hube de contentarme con asaltar de vez en cuando el fogon y aprovechar algun descuido para enganchar una pobre chuleta ó una tajada de merluza. Lo único que me consolaba algo era que vivíamos en un sotabanco, y por una ventana podia salir á los tejados. Todas las noches hacia alguna excursion, y trabé conocimiento con

apreciables gatos de Madrid, que en un principio me recibieron de muy mala manera, pero que al fin se hicieron mis amigos y me ponían al corriente de las costumbres cortesanas.

Siguiendo una noche á una gata que se hizo amiga mia, me metí en una bohardilla, y desde allí en un largo pasadizo, que hice resonar con la armonía de mis canciones. Dormía en una de aquellas bohardillas un cochero que servía á una señora que habitaba el piso principal de la casa. Esta buena señora mantenía seis gatos á su servicio, y en el día anterior había fallecido uno de ellos, de forma que había una plaza vacante, y el cochero tenía orden de buscar quien la ocupara. Mis maullidos le despertaron, se acordó de su encargo, y saliendo con mucha cautela de su chiribitil me echó la mano encima y luego me encerró en su habitación.

Por la mañana me llevó á casa de su señora: recibíome una doncella, que viendo mi arrogante apostura, aseguró que yo era digno de ocupar la plaza á que se me destinaba. La doncella me presentó luego á su señora, y ésta se mostró satisfecha de mi presencia, mandando á seguida que me pusieran al cuello el pretal de cascabeles de plata, que era la librea de sus gatos. Le gustaba mucho la alegre armonía que hacíamos al correr, con los cascabeles, y además éstos tenían otro objeto. Tanto le repugnaban los ratones, que

para no rozarse siquiera con quien pudiera estar en contacto con ellos había dispuesto que sus gatos usaran cascabeles á fin de que no pudieran cazar ratones, como efectivamente sucedía, pues el ruido de los cascabeles ahuyentaba á estos animalitos. Bastaba el que un gato de aquella casa fuera cogido in-fraganti delito de pillar un raton, para que fuese expulsado como indigno de la confianza de la señora.

Mis cinco compañeros, gordos y lucidos, me hicieron una acogida poco cordial y me recibieron con bufidos y arañazos; pero yo, gracias á Dios, no soy manco y no me pudieron arrinconar: al segundo día todos éramos amigos. El trato que se nos daba era excelente, pues se nos preparaba la comida expromiso, sin perjuicio de aprovecharnos de las sobras en la mesa de la Marquesa, que ella por su propia mano nos las servía, bien á disgusto de la cocinera. Además nos obsequiaba á menudo con dulces de varias clases, y se complacía en vernos comerlos sobre las alfombras y sillones forrados de raso. Dormíamos en blandas butacas, en los almohadones de un sofá, en magníficos divanes, en fin, donde nos daba la gana, pues á ningún criado le estaba permitido el contrariarnos ni el levantar la mano sobre nosotros: los plebeyos instintos de buscar á los ratones era lo único que nos estaba vedado.

Además de su afición á los gatos, gustábanle á la señora varias cla-

ses de animales. Tenía dos canarios lindísimos en jaulas doradas, una cotorra traviesa y un titi pequeño. Como yo siempre tenía de sobra las mejores viandas, mis instintos rapaces se habían apagado casi por completo; algo me quedó, sin embargo, de las antiguas inclinaciones. Estaba una mañana una doncella limpiando las jaulas de los canarios y poniéndoles cafiamones en el comedero; yo estaba á su lado y seguía con la vista todos sus movimientos; por un descuido de la pobre muchacha uno de los canarios se escapó de la jaula y fué á posarse en el respaldo de una butaca; no fué más pronto el verlo yo que dar un salto y echar la garra al pobre pajarillo, que en mis uñas perdió la vida.

La doncella fué despedida aquel mismo día y yo castigado con dos días de encierro; dirás que no hubo equidad en la aplicación de estas penas; á mí me parece que sí, pues si la doncella no hubiese dejado escapar al canario, yo no hubiera tenido ocasion de ensayar mis sanguinarios instintos.

Pasó aquella pequeña nube, pero otro día tuve otro tropiezo; la pícara cotorra, como te dije, era traviesa, y á esto debo añadir que mal intencionada. Algunas veces la dejaban salir de la jaula, y si tenía ocasion de encontrar á algun gato dormido ó tranquilamente sentado en una butaca, le regalaba un buen picotazo. Conmigo hizo varias veces esta gracia, lo

cual bastó para que la jurara un odio á muerte, pues no soy gato capaz de aguantar esas bromas. Resolví, pues, tomar venganza, y un día que á la cotorra le dieron suelta me hice el dormido en un sofá. Cuando ella me vió se acercó con cautela, me dió un picotazo en una oreja y se retiró esperando el efecto; aunque me dolió, me aguanté y no me moví siquiera. Esto animó á la pícara cotorra, que ya se acercó con más confianza, y creyéndome profundamente dormido, subióse encima de mí y me picó segunda vez. Me aguanté de nuevo, y cuando ella, descuidada, me dirigía el tercer picotazo, me revolví de repente, le eché ambas zarpas al cuello, la sujeté á pesar de sus chillidos, y con el coraje de los picotazos recibidos, no paré hasta quedarme con su cabeza entre los dientes.

Mas hé aquí que la señora Marquesa había acudido al ruido, y ante aquella sangrienta venganza, algo exagerada, se horrorizó y gritó á su vez. Yo escapé en dos saltos, dejando sobre la alfombra el cadáver de la cotorra, y tan ciego iba en mi fuga, que salté sobre una consola, derribé una porcion de juguetes de china de gran precio y un magnífico jarrón de Sevres, y no fué esto solo, sino que dando con un grande espejo, tal era mi turbacion, que me empeñaba en salir por allí como si fuera la puerta. Es claro, mi propia imagen se me interpuso en el camino, creí que era otro gato que se lanzaba á

detenerme y quise luchar con él; las consecuencias puedes adivinarlas; al violento empuje de mi embestida el espejo se bambolecó y cayó al suelo con estrépito, alcanzando á la Marquesa, á quien le hizo una regular descalabradora.

Figúrate tú la confusion que esto originaria. Desde aquel momento comprendí que no podia permanecer en la casa, vi abierta la puerta de la escalera y escapé como alma que lleva el diablo.

No puedo decirte cuántas calles corrí; te diré solamente que algunos muchachos me persiguieron á cantazos; que los perros de la calle me ladraban, y que fatigado, me metí, al fin, en una casa y trepé la escalera hasta llegar á las guardillas, por una de las cuales salí al tejado, donde me detuve.

El resto del dia y casi toda la noche los empleé en pasear á mis anchuras por los tejados. No encontré nada que comer, y el hambre me hizo pensar en buscar algun acomodo. Me metí por la ventana de un sotabanco, que hallé abierta, y tuve la suerte de dar en una cocina, donde topé con algunos restos de la cena de una honrada familia que allí habitaba. Con toda franqueza comí lo que allí encontré, y luégo me acosté sobre una silla vieja.

Por la mañana supe que mis nuevas vecinas eran unas alegres modistas que viven con su madre. Son dos hermanas jóvenes, que trabajando y cantando pasan el dia; que se alegraron de verme y con

las cuales vivo todavía; me tratan con cariño, comparten conmigo sus modestas viandas y paso la vida descansadamente, casi olvidado de mis antiguas travesuras. Por las noches paseo, como ves, estos hermosos tejados, y ya sabes que desde que nos conocemos tengo una conducta metódica y arreglada. Nada más tengo que referirte.»

Aquí acabó el gato su historia, y aquí mi amigo se cansó de seguir la conversacion de los gatos, que todavía duró un rato.

Conforme él me la contó se la trasmito yo á mis lectores, sin tener la pretension de que le presten entero crédito. No respondo de su autenticidad, pero advierto que el amigo que me la ha contado es hombre formal y en mi concepto incapaz de mentir. Con esto descargo mi conciencia, y terminaria mi relato si no tuviera que dirigir algunas palabras á los apreciables niños que hayan leído esta historia y quieran sacar algun fruto de su lectura.

Los comprometidos lances en que repetidas veces se halló el gato de mi historia por seguir el impulso de sus malas inclinaciones, son una elocuente leccion para todos los que no quieran moderar los naturales instintos, que por lo general nos inclinan al mal. Todos los niños suelen ser por naturaleza traviesos, y si desde un principio no se combaten sus dañadas inclinaciones, se exponen á hacerse en todas partes odiosos y antipáticos, como el gato, que en donde quiera

dejaba rastro de sus viciadas inclinaciones; y aunque al principio todas las personas le trataban con benevolencia y cariño, concluían por aborrecerle y arrojarle de su casa como una calamidad, cuando veían la perversidad de su conducta.

El niño, que, como él, se deje arrastrar de sus malas inclinaciones, no tendrá en todas partes más que disgustos, y concluirá por hacerse odioso á cuantos tengan la desgracia de tratarle.

PEDRO DOMINGO MONTES.

MODAS.

Explicacion del grabado núm. 1.

1. Vestido de *foulard* lila con rayas verdes, adornado por abajo con un volante de cuarenta centímetros cortado al bias; encima de este volante dos tiras de faya verde separadas por dos centímetros de distancia. Cuerpo escotado con largas aldetas por detras y muy cortas por delante, abiertas y recogidas en los costados, con gran lazo de la misma tela del vestido y grandes caídas. El escote, lo mismo que la aldeta, va adornado de un bias de la tela del vestido. Peinado alto con rizos largos, al lado izquierdo un grupo de lilas sobre lazo de faya verde; otro igual en el pecho; cinta de terciopelo verde al cuello con guarda-pelo grande; zapato de cabritilla escotado.

2. Vestido de gró negro; la primera falda tiene extensa cola; la segunda, que es bastante larga, está recortada en picos profundos orillados con un estrecho ruló de faya; cuerpo de escote cuadrado y dos largas y redondas aldetas por detras, aldeta corta por delante que cae hasta los costados de detras sobre la primera aldeta. Cinturon con una roseta delante y otra detras con caída á pliegues menudos en forma de abanico; manga estrecha de arriba, y abajo ancho volante, mangas interiores anchas de encaje, otro estrechito por el escote; peinado de rizos y una rosa al lado izquierdo.

Explicacion del grabado núm. 2.

1. Vestido de tafetan color de malva; falda redonda compuesta por un anchísimo volante que empieza á unos quince centímetros del talle; tres cintas de terciopelo color lila, dos anchas y una estrecha, le adornan por arriba, cubriendo la primera, que es ancha, la pegadura á la falda; á quince centímetros de distancia va repetido el mismo adorno, una estrecha entre dos anchas. Túnica formando cola y enteramente abierta, cubriendo la primera falda sólo desde los costados, adornada toda con una cinta de terciopelo malva, de seis centímetros de ancho; manga grande cuadrada, sombrero de crespon color malva, adornado de una rosa grande y terciopelo malva y ne-

gro. Sombrilla negra con forro malva.

2. Vestido de paño de Lyon azul marino; primera falda redonda adornada con grandes puntas ú hojas guarnecidas de un pequeño rizado y una estrecha cinta de terciopelo negro; otras puntas pequeñas van puestas para arriba; segunda falda que empieza en los costados y formando por detras un pequeño *puff*, adornada tambien con un rizado y un terciopelo; este mismo adorno se repite en la grande aldeta de la chaqueta; manga ancha, sombrero de faya azul marino adornado de cintas de faya y plumas.

3. Niña de ocho á nueve años.— Falda de *foulard* gris; tres pliegues desde el talle, sujetos interiormente por cintas, se repiten de diez en diez centímetros de distancia. Polonesa de lo mismo con aldetas redondas y cerradas, lazo grande detras en la cintura, manga larga ajustada y otra ancha hasta el codo recogida con un pliegue y un lazo doble; sombrero de paja adornado de crespon gris y grupo de verbena, botitas de satén gris y tafilete.

Explicacion del grabado núm. 3.

1. Niña de siete á ocho años; falda de *foulard*, lila y blanco á listas; cuerpo alto y manga ajustada; túnica de escote cuadrado por detras y por el pecho; manga

paje; lazo en el talle; sombrero de paja redondo con cinta de terciopelo color lila y un grupo de plumas lila y blanca.

2. Vestido de satén de seda color violeta; la falda está cortada por abajo en picos profundos y orillados de un estrecho volante, y sobre éste cinco cordones de seda de color más oscuro; estos picos caen sobre un ancho volante puesto á pliegues menudos; polonesa abierta por delante y caída á pliegues menudos en el espacio que deja; manga entre ancha hasta el codo, terminada por un ancho volante puesto á pliegues menudos; esclavina berta con un lazo en el pecho, sombrero de ves violeta con flores y encaje.

3. Vestido de paño de seda negro, adornada la falda con un ancho bies de faya blanca casi cubierta de *sutach* negro; de cuando en cuando una roseta de encaje negro con un boton en el centro de faya blanco bordado de negro; cuerpo alto con largas aldetas por detras, una tira de faya como la de la falda, pero con encaje ancho, forma berta y cae por delante hasta la mitad de la falda; cinturón de faya, tambien con *sutach*, con lazo grande detras; manga entre ancha con adorno de faya, *sutach* y encaje; sombrero de encaje negro, plumas y bridas de faya blancas y negras, mangas interiores y gola de encaje blanco.

Explicacion del grabado núm. 4.

TRAJES DE PASEO.—1. Falda de gró color marron adornada con un volante ancho puesto á pliegues menudos; cuerpo alto sin aldetas; manga entre-ancha. Túnica de faya negra bordada y rico fleco de torzal, mangas muy anchas, sombrero de paja adornado de plumas y cintas de faya marron.

2. Vestido de faya blanco-plata, falda de media cola con ancho volante por abajo; este volante tiene en el paño de delante quince centímetros más de ancho, sobre él formando dos picos á los lados y uno por detras van dos bieses de la misma tela y uno más ancho de terciopelo del mismo color.

Túnica corta por delante cuadrada en los costados y muy larga por detras; manga entre-ancha adornada con tres bieses; uno solo de terciopelo rodea la túnica, y subiéndolo por delante y abriendo en el pecho, rodea el hombro y baja por la espalda formando berta; lazo de terciopelo en el talle, gorguera y mangas interiores de rico encaje de hilo. Sombrero de encaje blanco con bandas de terciopelo azul y plumas.

3. Niña de cinco á seis años. Vestido de popelina azul; la falda va adornada con un ancho terciopelo gris cortado en picos por ambos lados; polonesa de lo mismo que la falda, en picos por delante y redonda por detras con manga entre-ancha y pelerina, todo adornado de terciopelo, pero más estrecho

que el de la falda; sombrero redondo de castor blanco.

Explicacion del grabado núm. 5.

1. Vestido de cachemir á rayas muy menudas gris y negra, primera falda con un ancho volante con cabecilla: este volante sólo adorna la mitad de la falda por detras, y la parte de delante la cubren tres volantes á pliegues menudos formando delantal. Segunda falda montada á pliegues de uno á otro costado por la parte de detras, cuerpo alto de peto por detras y por delante, por debajo del de detras una pequeña aldetita cuadrada, manga estrecha.

2. Niña de 5 á 6 años. Falda de foular gris con delantal formado por cintas estrechitas de terciopelo, con un boton en cada una, rodeado el delantal de una cinta de seda fuerte, gris y negra, otra igual formando feston adorna el bajo de la falda. Chaquetita de faya negra, botitas de cabritilla.

3. Vestido de gró color violeta, falda adornada con cuatro volantes, dos de tono más oscuro; encima del más oscuro cae una tira de color claro recortada en picos y rodeada de un ruló de raso del mismo color, *puff*, y de gró claro gabancito ancho, más largo delante que detras, manga muy ancha con un bordado encima, sombrero redondo de faya violeta y terciopelo negro, adornado con una pluma.



SAN ISIDRO.

¡ Bendito el que humilde nace
Si la virtud le enaltece!
¡ Bendito el que asombra al mundo
Y es ejemplo de las gentes!
Bendito el que á Madrid supo
Librar de enemigas huestes,
Y norma fué de virtudes
Que hoy apenas se comprenden.
Labrando la tierra dura
Recolectó eternos bienes:
En Dios su esperanza puso,
Y Dios no paga en desdenes.
Por eso, cuando de Isidro
La hora llegó de la muerte,

Quando su yerto cadáver
Siguió llorando la gente,
Su rey dobló su rodilla
Y se descubrió por verle,
Por patron le aclamó un pueblo
Con entusiasmo ferviente,
Y el labrador más humilde,
El más pobre de los seres,
Desde los santos altares,
Del pueblo escuchó las preces;
Bendito sea el humilde
Que logra tan altos bienes,
Quien virtud sembrando en vida
Cosechó gloria á su muerte.

M. OSSORIO Y BERNARD.



EL PASANTE.

Conozco yo á un pasante de colegio que se llama D. Rufo, cuyo retrato tengo el gusto de presentar á mis lectores,

Este pobre pasante es mártir de los alumnos del colegio: todos se rien y se burlan de él, todos le hacen toda clase de travesuras, y él

todo lo sufre con ejemplar paciencia, y trata á sus enemigos con el mayor cariño, procurando así adquirir simpatías entre ellos.

Pues ese pasante, ese desgraciado, de figura poco favorecida y de traje ridículo, si se quiere, es un hombre respetabilísimo por sus virtudes. Padre de una numerosa familia, no descansa un momento para poder ganar con que mantenerla. Él pasa todo género de privaciones: no se permite para sí el más mínimo gasto, como que todo su afán es que á sus hijos no les

falte lo más preciso. Para él nada considera necesario.

El es pasante de colegio, copiante de comedias, tenedor de libros de dos comerciantes al por menor, profesor de frances, y solamente las pocas horas que duerme cada noche son las que descansa.

Decidme ahora, niños míos, si merece ese hombre de bien que los alumnos del colegio se burlen de él y le traten con desprecio. Yo creo que deben amarle y respetarle.



EL NIÑO ENVIDIOSO.

¿Por qué llora Nicolás?
¿Tendrá alguna pena?
¡Oh! desgraciado, ya adivino lo que es.

Antes de ir á la escuela con su hermano Juan, ha visto que su madre le ha dado á éste una man-

zana más que á él, y la envidia se ha apoderado de él.

No comprende que él ya tiene siete años, y que es muy natural que su mamá tenga por él ménos atenciones que por su hermano, que es más jóven.

Lo mismo le pasará á Juanito cuando tenga siete años. Si hoy mima ménos á Nicolas su madre, es por su propio interes, y no porque le quiera ménos.

No seais envidiosos, hijos míos, porque la envidia es un defecto muy feo.

Cuando un niño empieza á tener uso de razon, no es necesario acariciarle para que haga lo que debe: cuando se le mande una cosa deb3 obedecer.

JUEGOS DE NIÑOS.

LA PELOTA.

Era el juego de pelota uno de los ejercicios más en uso entre los antiguos, que designaban con el nombre de «spheriques» á todos los juegos en que se servian de bola ó pelota.

Homero hace mencion de este juego, y los atenienses levantaron estatuas á «Aristórico Tarsítico», célebre jugador de palma.

Parece que las antiguas pelotas eran bastante dobles, y rellenas de arena ó lana; las de cuerda y trapo son más modernas.

Entónces se empujaba la pelota con la palma de la mano, de donde viene el nombre de *palma* que se daba al juego, y aunque actualmente en los juegos de pelota tambien se recibe y envia ésta con la mano, algunos juegan otra clase de partidos con palas construidas con un aro de madera y tejido de alambres, ó cubierto de pergamino.

La invencion de las palas y brazaes data de mediados del siglo xv.

Tambien se puede jugar con la pelota á rebote solo ó con muchos individuos. La pared contra la cual ha de botar la pelota ha de ser lisa y fuerte; se traza en ella una línea horizontal á un metro del suelo, y en éste, á tres metros de la pared, se marca la línea de límite para los jugadores.

Aquel que la suerte designa para jugar el primero tira la pelota al suelo, y al botar la empuja contra la pared, para que rechace y venga afuera; el segundo jugador la recibe en el aire, ó bien botando en el suelo, y la envia otra vez contra la pared; vuelve á tomarla el primero, y así continúa el juego, en que tambien pueden entrar cuatro ó más, hasta que uno de los jugadores falta á tocar á la pelota, ó la hizo dar en la pared por debajo de la raya.

Se forman dos bandos, iguales en número y rivales en agilidad, para jugar de esta manera.

Hay tambien otro modo.

Se reunen tres ó más niños, y uno comienza por tirar la pelota contra otro; éste procura cogerla, pero no puede dirigirla contra el que se la tiró, sino contra otro; este es un juego de bastante ejercicio, pero propio para el campo.

Los ingleses son muy aficionados á esta clase de juego, para el que se reunen siempre doce ó quince jugadores, y han establecido reglas tan complicadas, que se nombra un árbitro para decidir

sobre los golpes que puedan dar lugar á discusion.

Los ingleses llaman este juego *cricket*, y los escoceses, que tambien gustan de él, aunque con algunas variaciones, le denominan *shinty*.

Algunas veces los jugadores establecen en un determinado terreno la línea de demarcacion; divídense en dos bandos, y se esfuerza cada cual en rechazar la pelota al campo opuesto.

En una parte de la antigua provincia de Anjou, los jóvenes vecinos de dos pueblos situados á corta distancia uno de otro, tienen la costumbre de colocar el día de la fiesta mayor una pelota ó bola en el límite marcado desde la antigüedad para la jurisdiccion de ambos ayuntamientos.

Todo el día rueda la pelota de uno á otro lado del campo empujada por los palos de sus adversarios, quienes, animados por el amor propio, redoblan sus esfuerzos al anochecer, á fin de conservar la pelota en su terreno y tener el derecho de guardarla hasta el año siguiente.

LEONARDO Y JACINTO.

Existían en un pueblo de nuestra hermosa Andalucía dos muchachos, uno de ellos bastante juicioso y aplicado, y el otro harto holgazán y desidioso.

El holgazán era el mayor, y sin duda la creencia de que su patrimonio le ponía en el caso de no tener necesidad de aprender,

le hizo tan negligente y descuidado.

El pequeño sabía que no tenía otros bienes que los que adquiriese con su trabajo, y el pobrecillo hacia cuanto podía por aprender y llegar á ser hombre de provecho.

El mayor, llamado Leonardo, hasta tenía el defecto imperdonable de burlarse de la aplicacion de Jacinto, que era el pequeño. Luego dejaron uno y otro la escuela, Leonardo para jugar y divertirse en casa, Jacinto para dedicarse á otros estudios mayores.

Murieron pocos años despues los padres de estos jóvenes, y por más que ántes de morir encargaron á Leonardo mirase por su hermano y le diese cuanto le hiciese falta, lo hizo todo al contrario; de modo que el pobre Jacinto no le debió nunca un duro para comprarse un par de zapatos.

La generosidad de los amigos que él se adquirió con su aplicacion y buena conducta le valió para que pudiese seguir y concluir sus estudios.

No contento Jacinto con aprender la carrera de médico-cirujano, se dedicó tambien á la ebanistería, para tener ocupacion en los ratos en que sus estudios exigiesen descanso.

A los diez años despues de haber muerto el padre de Jacinto y Leonardo, se hallaban éstos en casa: aquél con su carrera casi concluida, y sin poder conseguir que su hermano le costease los títulos y grados.

Leonardo, para no trabajar, había encomendado á otro el cuidado de sus posesiones, con lo que se iba volviendo cada dia más pobre.

El cura párroco del pueblo y otros amigos de sus difuntos padres costearon á Jacinto los títulos y grados para que pudiese ejercer su profesion, y en breve llegó á ser un facultativo inteligente y bien acreditado.

A resultas de una guerra fueron prisioneros á Francia los dos hermanos: ya entónces Leonardo era más bien pobre que rico.

Entónces fué cuando los dos hermanos experimentaron lo que vale la ciencia y la instruccion, y cuán preferible es á las riquezas.

Jacinto á todas partes llevaba en su cabeza y en sus manos un pingüe patrimonio; Leonardo no pudo nunca disponer de dos cuartos. Várias veces pretendió que su hermano le enseñase la carpintería y á ser médico-cirujano; el ignorante queria aprender en poco tiempo lo que á su hermano habia costado bastantes años de estudio é ímprobo trabajo.

Jacinto, que tenía mejor corazon que él, condescendió con sus ruegos, é hizo por enseñarle algo de carpintería, siquiera para que ganase un mezquino jornal; pero los afanes de tan buen hermano fueron inútiles; la pereza, la desidia y la holgazanería habian echado tan profundas raíces en el corazon de Leonardo, que de nada sirvió el interes que por él tomó su hermano; nada aprendió,

y para colmo de su desgracia fué llevado á un depósito de prisioneros muy distante del punto donde residia su hermano. Allí, abatido en vista de su conducta pasada, y avergonzado al contemplar la conducta generosa de Jacinto, tan diferente de la suya, enfermó gravemente.

Jacinto se puso en camino inmediatamente que supo la enfermedad de Leonardo; pero cuando llegó ya acababa de espirar en un hospital, sin más cama que un haz de paja.

AMOR FILIAL.

Entre los deberes que tiene el hombre para con sus semejantes, no existe ninguno tan noble, tan sagrado, tan obligatorio como el amor filial.

Dios ha grabado tan profundamente este deber en el fondo de nuestras almas, que felizmente para la sociedad existen muy pocos ejemplos de los malos hijos, y éstos son el objeto de un aborrecimiento general, aborrecimiento mayor y más vergonzoso que el que se profesa á los hombres más depravados.

La que nos ha alimentado en nuestra infancia con su propia sangre, la que ha velado con maternal solicitud para alejar de nuestra cuna los peligros y las enfermedades, la que ha soportado con paciencia los disgustos que ocasiona la primera época de la vida, tiene derecho á esperar de

nosotros un inmenso reconocimiento, la más perfecta sumision, una constante ternura y un respeto profundo, sin que su mal humor ni las enfermedades que trae consigo la vejez deban disminuir en nada nuestras atenciones para con ella.

Cualquiera que sea el estado á que los eleve la fortuna, los hijos no deben avergonzarse jamas del estado de sus padres, sino, por el contrario, darles públicas demostraciones de aprecio, saludándolos con sumision, acompañándolos con placer, y prodigándoles atenciones, que los infelices ancianos acogerán con mayor gusto cuanto más públicas sean.

Amor, sumision, respeto, asistencia: hé aquí los principales deberes de un hijo para con sus padres, deberes que está obligado á cumplir exactamente si ha de merecer el aprecio de la sociedad y la aprobacion de su conciencia.

FLORES DE MAYO.

LETRILLA Á LA VÍRGEN.

(Música del maestro Aspa.)

CORO.

*A ti, excelsa Virgen,
Del cielo tesoro,
Las almas elevan
Armónico coro.*

Henchido mi pecho
De amor penitente,
¡Oh Madre clemente!
Me acerco á tus piés:

Escucha piadosa
Mi voz este día,
Y acepta, María,

Las flores despues.

Tejiendo guirnaldas
De amenos jardines,
Hoy los serafines
Coronan tu sien.
Recibe, Señora,
Los bellos laureles
Que humildes tus fieles
Te ofrecen tambien.

Con sincero labio
Tu nombre alabamos,
Tu gloria envidiamos,
Tu inmenso poder.

Sé, pues, medianera
Con Dios para el hombre,
Que invoca tu nombre
Con tierno placer.

M. J. PASCUAL.

ADVERTENCIAS.

Con el número de hoy repartimos los famosos gimnastas que habíamos ofrecido. Recomendamos á nuestros lectores que los guarden cuidadosamente, sin recortarlos, hasta que en el número siguiente les digamos lo que se puede hacer con estos gimnastas. Este es un juguete muy bonito, pero cuidado con cortar los muñecos hasta que demos la explicacion conveniente. Luego sentirian nuestros lectores haber inutilizado los muñecos.

Por no haber recibido de Paris el figurin iluminado que debia acompañar á este número, nos es imposible repartirlo á nuestros suscritores.

Mucho sentimos este percance, que en las actuales circunstancias es imposible evitar.

Solucion del geroglífico del número anterior: *El niño estudioso y bueno es alabado y querido.*

Solucion del enigma del número anterior: *El hierro.*



Ayuntamiento de Madrid



HEMEROTECA
MUNICIPAL
MADRID



Ayuntamiento de Madrid